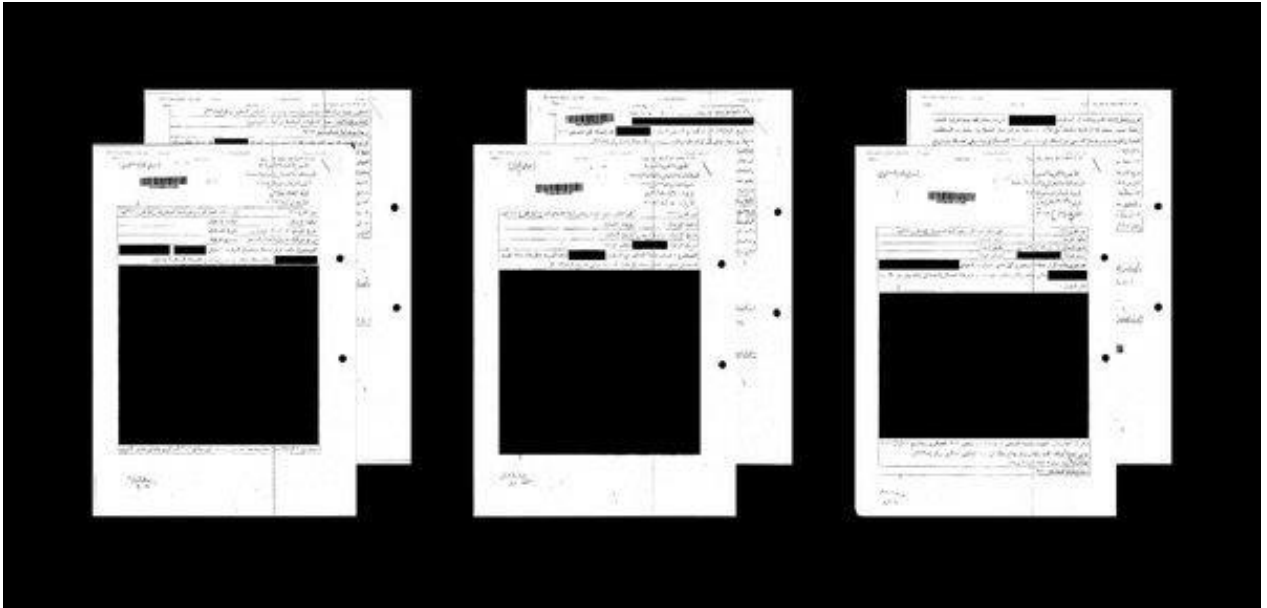


Tortura en las prisiones secretas sirias De cómo Bashar al-Asad ha ido aplastando a la disidencia

Anne Barnard
The New York Times

Traducido del inglés para Rebelión por Sinfo Fernández



Memorandos enviados al jefe de la inteligencia militar de Siria informando sobre las muertes de detenidos bajo custodia. Se ha ocultado parte de la información para proteger la integridad de la prueba en caso de posibles procesamientos
-Foto: Commission for International Justice and Accountability (CIJA)-

Gaziantep, Turquía.-

Los agentes de seguridad sirios mantuvieron a Muhannad Ghabbas colgado de las muñecas durante horas, le estuvieron golpeando hasta hacerle sangrar, le aplicaron descargas eléctricas y le metieron un revólver por la boca.

El Sr. Ghabbash, estudiante de Derecho en Alepo, confesó repetidamente su verdadero delito: organizar protestas pacíficas contra el gobierno. Pero siguieron torturándolo a lo largo de doce días hasta conseguir que escribiera una confesión ficticia sobre un plan para llevar a cabo un atentado.

Eso, dijo, fue solo el principio.

Fue transportado en un medio aéreo hasta una abarrotada prisión situada en la base aérea de Mezze en Damasco, la capital siria, donde los guardias le colgaron desnudo de una valla, a él y a otros detenidos, rociándoles con agua en las noches frías. Para entretener a sus colegas durante la cena, según declararon él y otros supervivientes, un oficial que se hacía llamar Hitler obligaba a los prisioneros a asumir roles de perros, burros y gatos, golpeando a los que no ladraban o rebuznaban correctamente.

Según explicó, en un hospital militar vio cómo una enfermera golpeaba en el rostro a un amputado que pedía analgésicos. En otra prisión, contó hasta 19 compañeros de celda que murieron de enfermedades, torturas y negligencia en un solo mes.

“Fui de los afortunados”, dijo el Sr. Ghabbash, de 31 años, quien sobrevivió a 19 meses de detención hasta que sobornaron a un juez para liberarlo.



Muhannad Ghabbash, a la izquierda, que sobrevivió 19 meses de detención en cárceles sirias, aparece con sus colegas en una organización para refugiados en Turquía (Foto: Laura Boushnak para The New York Times)

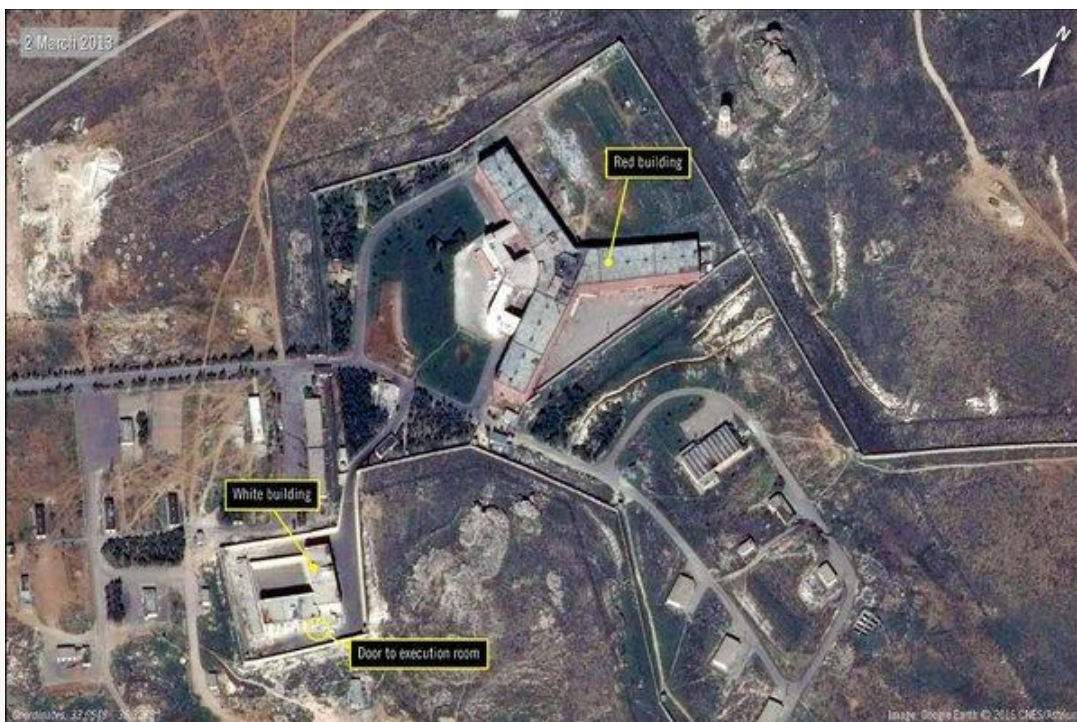
En el momento en que el presidente de Siria, Bashar al-Asad, se acerca a la victoria tras una revuelta de ocho años, hay que tener presente que para conseguir ese éxito ha sido fundamental la existencia de un sistema secreto, a escala industrial, de arrestos arbitrarios y prisiones de tortura. Mientras el ejército sirio, con el apoyo de Rusia e Irán, luchaba por el territorio contra los rebeldes armados, el gobierno emprendía una guerra despiadada contra los civiles, encerrando a cientos de miles de seres en mazmorras inmundas donde miles de ellos sufrieron tortura y muerte.

Según la Red Siria para los Derechos Humanos [*Syrian Network for Human Rights*], un grupo de supervisión independiente que lleva a cabo recuentos muy rigurosos, hay casi 128.000 detenidos que no han vuelto a aparecer, presumiéndose que están muertos o que siguen aún bajo custodia. Más de [14.000](#) murieron “bajo tortura”. Muchos prisioneros murieron por tener que soportar situaciones tan terribles que una investigación de las Naciones Unidas etiquetó el proceso como “exterminio”.

A pesar de que la guerra va amainando y la atención del mundo se desvanece y los países empiezan a normalizar relaciones con Siria, el ritmo de nuevos arrestos, torturas y ejecuciones está aumentando. Las cifras alcanzaron su punto máximo en los primeros años, los más sangrientos del conflicto, pero el año pasado la Red Siria registró [5.607 nuevos arrestos que califica de arbitrarios](#), más de 100 por semana y casi un 25% más que el año anterior.

Los detenidos han podido sacar a escondidas recientemente varias notas advirtiendo de que se está enviando a cientos de detenidos a un lugar de ejecución, la prisión de

Saydnaya, y prisioneros recién liberados están informando de que los asesinatos se están acelerando.



**Una foto de satélite de la prisión militar de Saydnaya, donde el gobierno sirio ha ejecutado a miles de presos
(Foto: Amnistía Internacional vía Agence France-Press – Getty Images)**

Los secuestros y asesinatos ejecutados por el Daesh atrajeron mucho más la atención de Occidente, pero el sistema penitenciario sirio ha multiplicado bastantes más veces la cifra de personas detenidas por el Daesh en Siria. Las detenciones efectuadas por el gobierno representan alrededor del 90% de las desapariciones registradas por la Red Siria.

El gobierno sirio ha negado la existencia de abusos sistemáticos.

Sin embargo, los memorandos del gobierno recién descubiertos muestran que los funcionarios sirios que informan directamente al Sr. Asad han ordenado detenciones masivas y conocían bien las atrocidades que se perpetraban.

Los investigadores de crímenes de guerra de la ONG [Commission for International Justice and Accountability](#) (CIJA) han encontrado memorandos del gobierno que ordenan medidas severas y comentan las muertes de detenidos. Los memos fueron firmados por altos funcionarios de seguridad, incluidos los miembros del Comité Central de Gestión de la Crisis, que informan directamente al Sr. al-Asad.

Un memorando de la inteligencia militar reconoce muertes por tortura y condiciones indecentes en las prisiones. Otros memos informan sobre la muerte de detenidos, algunos de los cuales pudieron identificarse más tarde entre las [fotos de miles de cadáveres](#) de prisioneros que fueron sacadas de contrabando por un [desertor de la policía militar](#). Dos de los memos autorizaban un trato "duro" a determinados detenidos.

Un memorando del jefe de la inteligencia militar, Rafiq Shehadeh, sugiere que los funcionarios temían a posibles futuros enjuiciamientos: en él ordena a los oficiales que le informen de todas las muertes y que se tomen medidas que aseguren la "inmunidad judicial" de los agentes de la seguridad.

En 2016, en una entrevista realizada en su despacho en un palacio otomano en Damasco, al-Asad arrojó dudas sobre la veracidad de los relatos de los supervivientes y de las familias de los desaparecidos. Cuando se le preguntó sobre casos específicos, dijo: "¿Está Vd. refiriéndose a suposiciones o a algo real?" Y sugirió que los familiares habían mentido cuando dijeron que habían visto a los agentes de seguridad llevarse a sus seres queridos. Los abusos, dijo, eran errores aislados, inevitables en una guerra. "Ha ocurrido aquí, por todo el mundo, en todas partes", [dijo](#). "Pero no responde a ninguna política".

A lo largo de siete años, *The New York Times* ha entrevistado a docenas de supervivientes y familiares de detenidos fallecidos y desaparecidos, ha revisado documentos gubernamentales que detallan las muertes en las cárceles y la mano dura contra la disidencia, y ha examinado cientos de páginas de testimonios de testigos contenidos en informes de derechos humanos y documentos judiciales.

Los relatos de los supervivientes contenidos en este informe son coherentes con los relatos de otros prisioneros detenidos en las mismas cárceles, y están respaldados por los memorandos del gobierno y las fotos sacadas a escondidas de las cárceles sirias.

El sistema penitenciario era parte integral del esfuerzo de guerra del Sr. al-Asad para aplastar los movimientos de protesta civil y arrastrar a la oposición a un conflicto armado que no pudiera ganar.

En los últimos meses, el gobierno de Siria ha reconocido tácitamente que cientos de personas han muerto estando detenidas. Bajo las presiones de Moscú, Damasco ha confirmado la muerte de al menos [varios cientos de personas](#) que estaban detenidas emitiendo certificados de defunción o catalogándolos como muertos en los archivos de registros familiares. El fundador de la Red Siria, Fadel Abdul Ghany, dijo que la medida enviaba un claro mensaje a los ciudadanos: "Hemos ganado, sí, hicimos todo eso pero nadie va a castigarnos".

Hay pocas esperanzas de que los altos funcionarios rindan cuentas a corto plazo. Pero hay un movimiento creciente para buscar justicia a través de los tribunales europeos. Fiscales franceses y alemanes [arrestaron a tres exoficiales de seguridad](#) y emitieron órdenes internacionales de arresto para el jefe de seguridad nacional de Siria, Ali Mamlouk; su director de inteligencia de la Fuerza Aérea, Jamil Hassan, y otros, por torturas y muertes en prisión de ciudadanos o residentes de esos países.



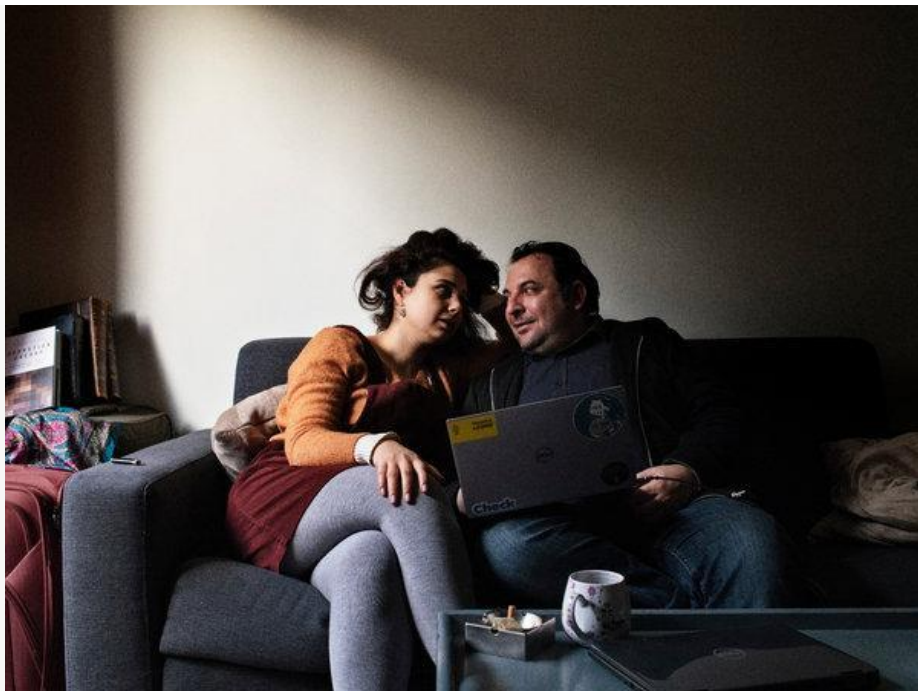
Fiscales franceses y alemanes han emitido órdenes de búsqueda del jefe de la seguridad nacional de Siria, Ali Mamlouk
(Foto: Al-Watan, vía Agence France-Presse)

Sin embargo, al-Asad y sus lugartenientes permanecen en el poder a salvo de cualquier arresto, protegidos por Rusia con su poder militar y su veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Al mismo tiempo, los Estados árabes van restaurando las relaciones con Damasco y los países europeos están considerando hacer lo mismo. La retirada planificada por el presidente Trump de la mayoría de las 2.000 tropas estadounidenses en el este de Siria reduce la ya mínima influencia estadounidense en el conflicto, que ha entrado en su noveno año.

Tal impunidad no es sólo un problema interno sirio. Sin reformas en los aspectos relativos a la seguridad, es poco probable que los cinco millones de refugiados sirios que se hallan en Oriente Medio y Europa regresen a casa para arriesgarse a ser arrestados arbitrariamente. Y en una época de autoritarismo envalentonado desde la extrema derecha europea a Arabia Saudí, al-Asad ha demostrado que la máxima violencia contra la disidencia civil puede ser una estrategia ganadora.

“Todo esto no se limitará a Siria”, dijo en Berlín Mazen Darwish, un abogado sirio de los derechos humanos, que ha ayudado a los fiscales. “La gente olvida lo que es la dictadura porque aquí llevamos 70 años de paz tras la II Guerra Mundial. Pero los derechos humanos no están en el ADN de los Estados ni de los políticos”.

“La justicia no es un lujo sirio”, dijo. “Es el problema del mundo”.



Mazen Darwish, abogado sirio de los derechos humanos, con su mujer, Yara Bader, en Berlín. Ambos estuvieron detenidos en Siria (Foto: Laura Boushnak para The New York Times)

Un gulag en expansión

El sistema de detención sirio es una versión en tamaño grande del montado por el padre de Bashar, el presidente Hafez al-Asad. En 1982, aplastó un levantamiento armado de la Hermandad Musulmana en Hama, arrasando gran parte de la ciudad y arrestando a decenas de miles de personas: islamistas, disidentes de izquierda y sirios al azar.



(Foto: Marko Djurica/Reuters)

A lo largo de dos décadas, alrededor de 17.000 detenidos desaparecieron en un sistema dotado de un repertorio de torturas que tomaron prestado de los colonialistas franceses, de los dictadores regionales e incluso de los nazis: entre sus [asesores de seguridad](#) figuraba el ayudante fugado de Adolf Eichmann, [Alois Brunner](#).

Cuando Bashar al-Asad sucedió a su padre en 2000, mantuvo vigente el sistema de detenciones.

Cada una de las cuatro agencias de inteligencia de Siria (militar, política, fuerza aérea y seguridad estatal) tiene sucursales locales por toda Siria. La mayoría tienen sus propias cárceles. CIJA ha documentado cientos de ellas.

Fue la detención y tortura de varios adolescentes en marzo de 2011, por unos grafitis [críticos con Bashar al-Asad](#), lo que empujó a los sirios a unirse a los levantamientos que se extendían por los países árabes. Las manifestaciones que protestaban por el trato dado a los adolescentes se fueron propagando desde su ciudad natal, Dara'a, lo que produjo nuevos arrestos e impulsó más protestas.

Una avalancha de detenidos por toda Siria confluyó con los disidentes encerrados en la prisión de Saydnaya. Los nuevos detenidos iban desde "basureros, a campesinos, a ingenieros, sirios de todo tipo y condición", dijo Riyad Avlar, un ciudadano turco que estuvo detenido 20 años después de ser arrestado en 1996 cuando era un estudiante de 19 años de edad, por entrevistar a un grupo de sirios sobre una masacre acaecida en la prisión.

Las torturas aumentaron, dijo; los recién llegados eran agredidos sexualmente, golpeados en los genitales y obligados a aporrearse o incluso a matarse unos a otros.

Nadie sabe exactamente cuántos sirios han pasado por el sistema desde entonces; los grupos de defensa de los derechos humanos estiman que fueron de cientos de miles a un millón. Damasco no da a conocer dato alguno de la prisión.



***Riyad Avlar, ciudadano turco que estuvo detenido durante 20 años después de ser arrestado en 1996, cuando era un estudiante de 19 años de edad, por entrevistar a un grupo de sirios sobre una masacre ocurrida en la prisión.
(Foto: Laura Boushnak para The New York Times)***



***Foto del Sr. Avlar, guardada en su teléfono móvil, mostrando cómo era a los 18 años.
(Foto: Laura Boushnak para The New York Times)***

Según todos los relatos, el sistema se desbordó. Algunos detenidos políticos acabaron en prisiones regulares. Las fuerzas de seguridad y las milicias progubernamentales crearon mazmorras improvisadas en escuelas, estadios, oficinas, bases militares y puestos de control.

El recuento de la Red Siria de 127.916 personas actualmente atrapadas en el sistema es probablemente un cálculo incompleto. Esa cifra, que responde al recuento de los arrestos informados por las familias de los detenidos y otros testigos, no incluye a las personas liberadas o confirmadas como muertas.

Debido al secretismo del gobierno, nadie sabe cuánta gente ha muerto bajo detención, pero se han registrado miles de muertes a través de memorandos y fotos.



Un exoficial de la policía militar siria, conocido como César, con una chaqueta azul con capucha, en una sesión informativa del Congreso de 2014 en Washington (Foto: Alex Wong Getty Images)

Un exoficial de la policía militar conocido solo como César para proteger su seguridad, estaba encargado de la tarea de fotografiar cadáveres. Huyó de Siria con imágenes de al menos 6.700 cadáveres, con signos graves de maltrato y en los huesos, que conmocionaron al mundo cuando emergieron en 2014.

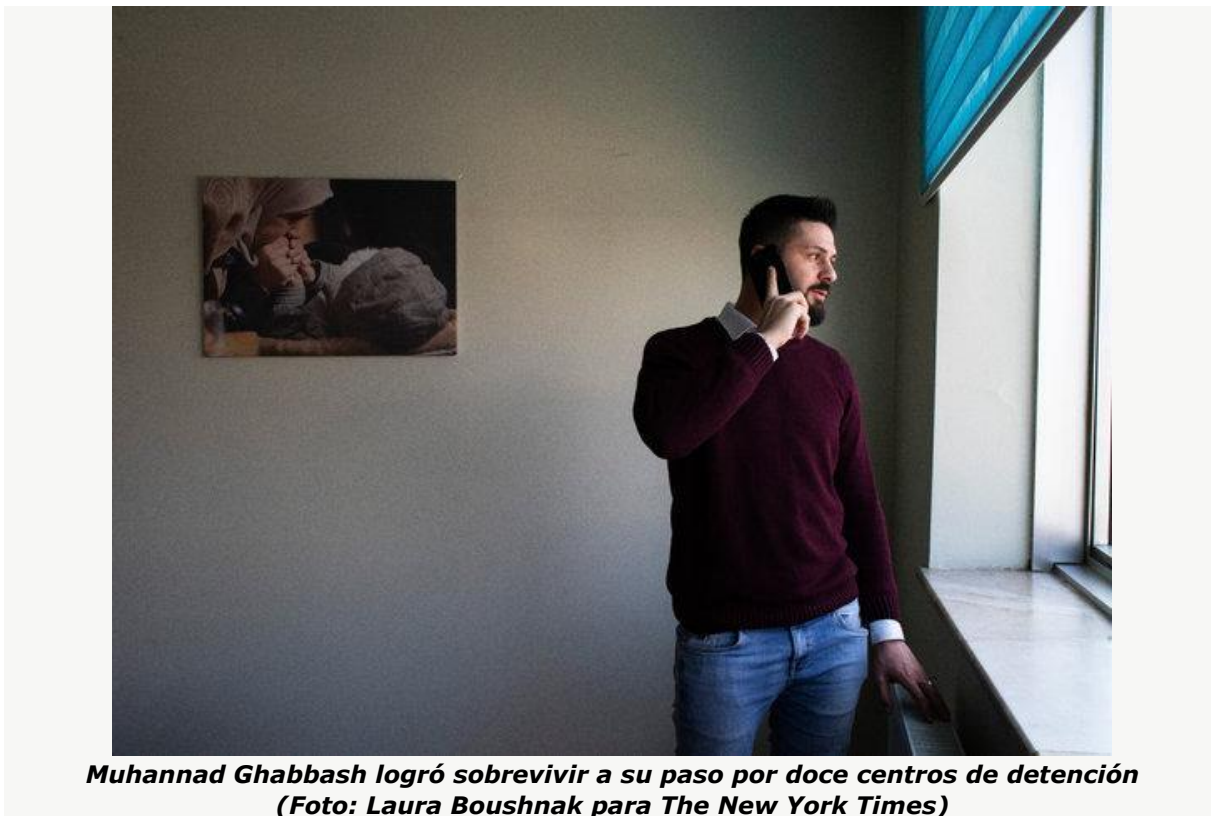
Pero también fotografió memorandos de su jefe informando de muertes a sus superiores.

Al igual que los certificados de defunción emitidos recientemente, los memorandos enumeran la causa de la muerte como "paro cardíaco". Uno de los memorandos identifica a un detenido que también aparece en una de las fotos de César con el ojo arrancado.

Las prisiones parecen haber sido alcanzadas por una extraña epidemia de enfermedades del corazón, dijo el Sr. Darwish, el abogado de derechos humanos. "Por supuesto que cuando mueren el corazón se detiene", dijo.

Recorrido por la tortura

El Sr. Ghabbash, el organizador de las protestas en Alepo, sobrevivió a las torturas en al menos doce instalaciones de detención, lo que le convirtió en "un guía turístico" del sistema. Su odisea comenzó en 2011, cuando tenía 22 años. Era el hijo mayor de un contratista de la construcción del gobierno y se inspiró en las protestas pacíficas en el suburbio de Daraya, en Damasco, para organizar manifestaciones en Alepo.



Fue arrestado en junio de 2011, y liberado después de prometer que dejaría de protestar.

"Pero no cumplí mi promesa", recordaba con una sonrisa.

En agosto fue de nuevo arrestado, la misma semana en que, según un memo de CIJA, los principales funcionarios de al-Asad ordenaron una ofensiva más dura, criticando la "laxitud" de las autoridades provinciales y pidiendo más arrestos de "aquellos que incitan a la gente a manifestarse".

Al Sr. Ghabbash le mantuvieron colgado, fue golpeado y azotado en una serie de instalaciones militares y de la inteligencia general, según explicó. Sus captores finalmente lo dejaron ir con una severa recomendación dada a muchos jóvenes como él: que se fueran del país.

Incluso cuando liberaron a los presos islamistas más radicales detenidos en la prisión de Saydnaya desde hacía mucho tiempo, que luego liderarían a grupos de rebeldes, trataban de eliminar a la oposición civil. Ambas medidas, dicen los críticos, parecen haber sido parte de una estrategia para trasladar el levantamiento al campo de batalla, donde Bashar al-Asad y sus aliados disfrutaban de ventaja militar.

Con los grupos de civiles de ideas afines huyendo o encarcelados y las fuerzas de seguridad disparando contra los manifestantes, el Sr. Ghabbash se esforzó en disuadir a sus aliados de no tomar las armas y caer en el juego del gobierno.

La inteligencia de la Fuerza Aérea en Alepo le arrestó pronto por tercera vez. Lo que más le sorprendió fue la insistencia surrealista de los interrogadores en algunas trampas del procedimiento judicial. Lo acusaron de un atentado, al parecer ficticio, en una fecha anterior a que cualquier bomba de la insurgencia golpeará Alepo. A pesar de tener poder para acusarlo como les apeteciera, insistieron en que confesara.

En ocasiones le metían en un neumático para darle palizas. Se desmayaba, se despertaba desnudo en un pasillo helado y las palizas comenzaban de nuevo. Un oficial le puso una pistola en la boca; otro insistió en que una mujer que gritaba, y a la que no podía ver, era su madre.

Su relato coincide estrechamente con el de otros detenidos en la instalación, y algunos describen cosas aún peores. Un superviviente, que pidió ser identificado solo como Khalil K. para proteger a su familia, que aún se encuentra en Siria, vio a un adolescente que tardó 21 días en morir después de que los interrogadores le rociaran con combustible y le prendieran fuego.



Presos sirios firmando documentos de liberación en el cuartel del Mando de la Policía en Damasco (Foto: Bassem Tellawi/Associated Press)

“Por una cuestión de conciencia, no quería confesar algo que no había hecho”, recordó el Sr. Ghabbash. “Había cinco personas haciéndote preguntas a la vez. Tenías frío, sed, los labios llenos de sangre, no podías concentrarte. Todos te gritaban y te golpeaban”.

Guardó las uñas que le arrancaron de los pies y tiras de piel que se le desprendieron de las plantas golpeadas. Se las guardó en el bolsillo, soñando con poder mostrárselas algún día a un juez. Pero un día le quitaron los pantalones.

El 12º día firmó una confesión.

“Escribe de forma convincente”, le dijo el capitán Maher. “Hay alguien que te está llevando. Imagina cómo es. ¿Alto, bajo, grueso?”

El Sr. Ghabbash se decidió por un coche plateado y "un tipo alto, con gafas y pelo claro".

"Empecé a pensar que tenía talento para la escritura", dijo.

Castigos surrealistas

En marzo de 2012, el Sr. Ghabbash fue trasladado en avión a la base aérea militar de Mezze, llamada así por un vecindario cercano a Damasco.

Para entonces, él y numerosos supervivientes habían relatado que existía un sistema de transporte a escala industrial entre las cárceles. Los detenidos eran torturados en cada tramo de sus viajes en helicópteros, autobuses, aviones de carga. Algunos recordaban haber viajado durante horas en camiones que normalmente se utilizan para llevar cadáveres de animales, que van colgados de una pata y encadenados a ganchos para carne. La nueva celda del Sr. Ghabbash era la típica: 3,5 metros de largo por 2,7 de ancho, tan abarrotada que los prisioneros tenían que dormir por turnos.

Fuera de la celda, en el pasillo, había un hombre esposado y con los ojos vendados. Era el señor Darwish, el abogado de derechos humanos. Se le había escogido para que le diera lecciones a un juez sobre las leyes sirias que garantizaban un juicio justo.

Más tarde se determinó su castigo: "Desnudo, sin agua, sin poder dormir, obligado a beber mi propia orina".

La tortura en las cárceles se hizo más brutal y barroca a medida que los rebeldes que estaban fuera avanzaban y los aviones de guerra del gobierno bombardeaban vecindarios ariscos. Los supervivientes describen el trato sádico, las violaciones, las ejecuciones sumarias o los detenidos a los que se dejaba morir de heridas y enfermedades no tratadas.

El Sr. Ghabbash recibió pronto su propio castigo especial. Fue interrogado por un hombre que se hacía llamar Suhail Hassan, posiblemente Suhail Hassan Zamam, que dirigía las prisiones de la Fuerza Aérea, según una [base de datos del gobierno que llegó a filtrarse](#), quien le preguntó cómo pensaba él que podría resolverse el conflicto.

"Elecciones reales", recordó haber respondido. "La gente solo quería algunas reformas, pero usasteis la fuerza. El problema es que tenemos que estar con vosotros o nos matáis".

Estas declaraciones le hicieron ganar un mes de tortura extra, la más extraña en su terrible experiencia.

Un guardia que se hacía llamar "Hitler" organizó una cena sádica para sus colegas. Llevó *arak* y pipas de agua, dijo el Sr. Ghabbash, "para preparar el ambiente". Hizo que algunos prisioneros se arrodillaran, convirtiéndose en mesas o sillas. Otros tenían que jugar a ser animales. "Hitler" reforzaba las instrucciones escénicas con palizas.

"El perro tenía que ladrar, el gato maullar y el gallo cacarear", dijo Ghabbash. "Y Hitler se encargaba de domesticarlos. Cuando acariciaba a un perro, el otro perro debía actuar como si estuviera celoso".

La audiencia incluía también a prisioneros, en celdas cercanas o colgados con los ojos vendados en vallas de alambradas cercanas, que confirmaron el relato. Algunos guardias hicieron que los que estaban colgados suplicaran: "Amo, tengo sed", para rociarles después con mangueras, dijo el Sr. Ghabbash.

Después de semanas o meses, muchos presos consiguieron unos supuestos juicios que duraban breves minutos, sin abogados defensores. El del Sr. Ghabbash fue típico. En un

“tribunal de campo” militar en 2012, escuchó a un juez recitar su condena: “Terrorismo con destrucción de bienes públicos”, y su sentencia: “muerte”.

“Todo el juicio duró minuto y medio”, dijo.

Temía que le enviaran a la prisión de Saydnaya, que por entonces era un [centro de ejecuciones masivas](#). Según un informe de [Amnistía Internacional](#), allí se ha ahorcado a miles de detenidos después de juicios sumarios.

“Bien, se acabó todo”, recordó haber pensado. Pero no fue así. Tuvo que soportar otro año de palizas diarias.



Las imágenes de satélite muestran el aumento de las fosas comunes en un cementerio cerca de Damasco entre 2010, izquierda, y 2016, derecha. Amnistía Internacional dijo que los cadáveres de los prisioneros ejecutados en la prisión de Saydnaya fueron enterrados allí.

(Fotos: Amnistía Internacional, vía Agence France-Presse - Getty Images)

Su última etapa transcurrió en una prisión improvisada en las profundidades subterráneas, cerca de Damasco, un búnker militar de la IV división de élite, un feudo de Maher, el hermano de al-Asad. Los supervivientes recuerdan las visitas de supervisión de los oficiales con las insignias de la unidad. Pero la inteligencia de la Fuerza Aérea llevó a cabo allí operaciones después de que la prisión de Mezze se inundara, según los supervivientes y los archivos de CIJA.

No hubo más interrogatorios.

“Torturaban solo por torturar”, dijo el Sr. Darwish, quien también fue trasladado allí. “Por venganza, para matar, para quebrantar a las personas”.

Los supervivientes cuentan estas historias con un sentido negro del humor, aunque solo sea porque hubo otros que sufrieron más.

“Sí, me golpearon, tuve que hacer de perro”, dijo Ghabbash. “Pero otras personas fueron asesinadas o violadas”.

Violaciones y abusos

Las mujeres y las niñas sufrieron violaciones y agresiones sexuales en al menos 20 divisiones de inteligencia, mientras los hombres y los niños fueron atacados en 15, según informó el año pasado una [comisión de derechos humanos de las Naciones Unidas](#).

El ataque sexual es un arma de doble filo en las comunidades musulmanas tradicionales, donde las supervivientes son a menudo estigmatizadas. Ha habido familiares que han matado a mujeres que habían estado detenidas en los llamados asesinatos por honor, a veces tan solo por suponer que habían sido violadas, según informes de derechos humanos y los [testimonios de supervivientes](#).

Mariam Khleif, de 32 años, madre de cinco niños, residente en Hama, fue repetidamente violada durante el período de su detención. Mariam explica que había ayudado a manifestantes heridos y entregado suministros médicos a los rebeldes, actos tildados de terrorismo por el gobierno.



Mariam Khleif
(Foto: Laura Boushnak para The New York Times)

En septiembre de 2012, explicó, agentes de seguridad la sacaron de su casa. En la sucursal 320 de la seguridad estatal en Hama, el jefe de investigación se presentó a sí mismo como el coronel Suleiman. Los archivos de CIJA muestran que la Sra. Khleif estuvo detenida y que un tal coronel Suleiman Juma dirigía la sucursal de Hama.

“El coronel estaba comiendo pistachos”, recordaba más tarde en su pequeño apartamento en Reyhanli, Turquía. Me escupió encima las cáscaras y no me ahorró ningún insulto”.

En una celda en el sótano de un metro cuadrado la metieron a ella y a otras seis mujeres. Los guardias la colgaron en la pared y le estuvieron pegando y golpeándola en los dientes. Vio cómo los guardias arrastraban a una presa que se quejaba de hambre hasta un retrete para llenarle la boca de excrementos, un método recordado por otros supervivientes.

"A medianoche", dijo, "al coronel Suleiman le llevaban muchachas hermosas para que las violara. Me acuerdo muy bien de ese coronel y de sus ojos verdes".

La Sra. Khleif identificó al coronel en unas [fotografías](#) del funeral de un oficial de seguridad. Entonces se derrumbó.

El coronel y sus amigos -hombres vestidos con chándales- asaltaban a las mujeres en una habitación contigua a su oficina en la que había una cama y estaba ambientada con la fotografía de Bashar al-Asad, dijo. Salpicaban con *arak* a las víctimas, un nuevo insulto para los musulmanes que se abstienen de consumir alcohol.

La celda de las mujeres no disponía de baño. La sangre de las violentas violaciones manchaba el suelo. Una compañera de celda abortó. Cuando la prima de la Sra. Khleif llegó a un acuerdo un mes después para que la liberaran, la Sra. Khleif había perdido un tercio de su peso. Más tarde huyó al territorio rebelde como médico.

Otra superviviente relató por separado a los investigadores de CIJA que el coronel Juma la había violado el mismo mes en la misma prisión. Los detalles se parecían mucho al relato de la Sra. Khleif.

Incluso las mujeres que no fueron violadas denunciaron [tocamientos, insultos sexuales, amenazas de violación para obtener confesiones](#) y "registros" de cavidades.

En unas instalaciones de Damasco, varias supervivientes dijeron por separado que el investigador principal se reservaba para sí el trabajo de penetrarlas con los dedos. Lo llamaban Sharshabil, el nombre árabe del mago malvado de "Los Pitufos". Otra mujer, que se cubre la cabeza, dice que a ella estuvo acariciándole el cabello y el cuerpo desnudo durante el interrogatorio, detalles que ocultó a su familia.

La familia de la Sra. Khleif la rechazó por lo que consideraban pérdida de su honor y por su posición política, dijo. Su hermano, partidario del gobierno, le envió mensajes de texto con amenazas de muerte; su marido se divorció de ella.

Para algunos hombres conservadores, el conflicto hizo que cambiara su actitud. Varios supervivientes y familiares varones dicen que sus familias honran ahora a las supervivientes de agresión sexual como heridas de guerra. La Sra. Khleif no ocultó nada a su nuevo esposo, un antiguo rebelde.

"Eres una medalla en mi pecho, eres una corona sobre mi cabeza", recordó que le había dicho él. "Cocinó para mí, me masajeó la cara con aceite. Me ayudó a recuperar mi antiguo ser".

Infección rampante, comida podrida

Además de la tortura, las insalubres condiciones de detención son tan extremas y sistémicas que en un [informe de las Naciones Unidas](#) se dice que equivalen a exterminio, a crimen contra la humanidad.

Muchas celdas carecen de baños, dijeron los exprisioneros. Los presos consiguen que les concedan tan sólo unos segundos al día para poder ir a la letrina, relataron; con diarreas

desenfrenadas e infecciones urinarias, no les queda otra opción que aliviarse en células abarrotadas. La mayoría de las comidas son algunos bocados de comida podrida y sucia. Algunos prisioneros mueren de puro colapso psicológico. No se les permite la mayoría de los medicamentos, las lesiones no se tratan.

Munir Fakir tiene 39 años, pero después de su terrible experiencia en Mezze, Saydnaya y otras prisiones, parece al menos diez años mayor. Un veterano disidente, dijo que fue arrestado cuando iba de camino a una reunión de la oposición no violenta. Las fotos de antes y después del cautiverio muestran la intensidad de la experiencia: un hombre fuerte que tras ser liberado aparece tan demacrado que su propia esposa no puede reconocerle.



Munir Fakir, 39 años, dijo que el frío se utilizaba como castigo en la prisión de Saydnaya. Durante más de un mes, él y sus compañeros de celda tuvieron que dormir desnudos con temperaturas heladoras (Foto: Laura Boushnak para The New York Times)



El Sr. Fakir con su hija en su hogar de Estambul (Foto: Laura Boushnak para The New York Times)

En Saydnaya, el frío era el castigo por hablar o "dormir sin permiso", recordaba Fakir mientras tomaba una infusión de hierbas en un café de Estambul. Más de una vez al mes, todas las mantas y ropas de sus compañeros de celda eran confiscadas; tenían que dormir desnudos con temperaturas bajo cero. A veces, dijo, se les negaba el agua. Por ello, intentaban lavarse frotándose la piel con la arena que las hormigas desenterraban de las grietas del piso.

El día en que nos conocimos, el Sr. Fakir estaba recordando el aniversario de la muerte de un compañero de celda abatido por una infección dental no tratada, hasta el punto que la mandíbula se le hinchó casi del tamaño de "otra cabeza".

Sin embargo, el "tratamiento" podía ser también mortal. La tortura y el asesinato se realizaban en los mismos hospitales en los que, en otras alas, los dignatarios visitaban a oficiales heridos, dijeron el Sr. Fakir y otros supervivientes y desertores.

El Sr. Fakir fue llevado dos veces al Hospital Militar 601, un edificio de la época colonial con techos altos y vistas de Damasco. Allí había hasta seis prisioneros desnudos encadenados a cada cama.

"A veces queríamos que alguno muriera para coger su ropa", dijo.

En una ocasión, explicó, observó que el personal del hospital retenía la insulina de un diabético, un camarero de 20 años, hasta que murió.

Muchas noches, un hombre que tenía la doble función de enfermero y guardia, que se hacía llamar "Azrael", el ángel de la muerte, se llevaba a un paciente detrás de una puerta de vidrio esmerilado.

"Veíamos la sombra de alguien golpeando y escuchábamos gritos, luego sobrevenía el silencio, un silencio sofocante", dijo Fakir. "Por la mañana veíamos el cuerpo en el pasillo al ir al baño. Veíamos cuerpos apilados. Teníamos que pisar descalzos los cuerpos de nuestros compañeros".

El Sr. Ghabbash también recuerda a "Azrael". Fue llevado al mismo hospital con una infección que le dejó una profunda cicatriz en una pierna. Por la noche, escuchaba a un amputado gemir por falta de analgésicos, y la respuesta que le dio un hombre: "Voy a hacer que te sientas cómodo".

Fingiéndose dormir, el Sr. Ghabbash entornó los ojos cuando el hombre levantó un bastón con punta de metal y declaró: "Soy Azrael", y redujo la cara del paciente a una pulpa sangrienta. El Sr. Ghabbash dijo que se vio obligado a llevar el cadáver a un baño del pasillo. Dos cuerpos estaban ya dentro.

El Sr. Fakir dijo que sus compañeros de prisión le habían dicho que llevaban los cuerpos primero al baño y luego a un área de estacionamiento del hospital, un sitio donde César fotografiaba los cadáveres.

"La gente no me creía", dijo. "Pero luego aparecieron las fotos de César".

Un superviviente de otra prisión, Omar Alshogre, dijo que le habían ordenado que escribiera números en las frentes de los cadáveres, como se ve en las fotos de César. Pero cuando los cadáveres se amontonaban y se descomponían, dijo, tuvo que escribirlos en un papel y sacar con pala los cuerpos en pedazos.

Los memos del gobierno obtenidos por el CIJA muestran que el jefe de la inteligencia militar, un miembro de la Oficina de Seguridad Nacional que informa directamente a Bashar al-Asad, sabía del aumento de muertes en las prisiones.

En una comunicación de diciembre de 2012, se observaron aumentos en las muertes de detenidos y de cadáveres acumulados en los hospitales. Se ordenó a los funcionarios que informaran al jefe de la agencia de cómo habían muerto y qué habían confesado; y que todo ello apareciera expresado de forma que se protegiera a los funcionarios de tener que rendir cuentas en el futuro bajo "cualquier autoridad judicial".

Otra comunicación, un año después, mostraba que las muertes seguían aumentando. "Es imperativo atender la limpieza y la higiene y la salud de los detenidos", decía, para "preservar vidas y reducir las muertes que han aumentado de forma considerable últimamente".

El memorando se quejaba de escasez de interrogadores. Cerca del final de una larga lista de "errores", incluida la tardanza en el papeleo, se agregaba: "golpes y torturas a los detenidos".

"Parece como si le estuvieran diciendo a esa gente que se comportara bien", dijo [Nerma Jelajic](#), portavoz de CIJA, "pero conocemos bien el contexto".

Los documentos de CIJA muestran que los oficiales fueron castigados por delitos como "no obedecer órdenes", dijo. Pero no se menciona que se haya castigado a nadie por ejecutar torturas.

Nombres escritos con sangre

Detenidos y desertores han arriesgado su vida por contar a sus familias, y al mundo, sus terribles experiencias.

En el calabozo de la IV división, varios detenidos decidieron [sacar a escondidas](#) los nombres de todos los prisioneros que pudieron identificar.

"A pesar de que estamos tres pisos bajo tierra, aún podemos continuar con nuestro trabajo", recordaba [Mansur Omari](#), que fue arrestado mientras trabajaba para una organización local de derechos humanos.



Mansour Omari sacó de contrabando un trozo de tela que contenía los nombres de los detenidos escritos con sangre. (Foto: Lexey Swall para The New York Times)



***El mensaje escrito en sangre llegó a las capitales occidentales, los restos de la camisa se exhibieron en el Museo del Holocausto en Washington.
(Foto: Lexey Swall para The New York Times)***

Otro detenido, [Nabil Shurbaji](#), un periodista que por casualidad fue el primero en inspirar al activista Ghabbash en 2011 y luego compartió su celda en Mezze, trató de escribir en trozos de tela con pasta de tomate. Al resultar demasiado borrosa, el Sr. Shurbaji utilizó finalmente la sangre de los detenidos, de sus encías desnutridas, mezclada con óxido. Un sastre detenido cosió los retales en la camisa del señor Omari y los sacó a escondidas.

El mensaje en sangre llegó a las capitales occidentales; los retales de la camisa se exhibieron en el Museo del Holocausto en Washington. Pero el señor Shurbaji todavía estaba dentro.

“La fatiga anegaba los poros de mi cara”, escribió a su novia durante un breve respiro en una prisión que permitía las cartas. “Intento recuperar la risa y se me mezcla con la angustia. Trato de aferrarme a la paciencia y a ti”.

Dos años después, un detenido liberado informó que al Sr. Shurbaji le habían golpeado hasta matarle.

“No nos olvides”

En Siria, Líbano, Turquía, Jordania, Alemania, Francia, Suecia y más allá, las familias y los supervivientes intentan seguir adelante.

Después de su liberación en 2013, el Sr. Ghabbash aterrizó en Gaziantep, Turquía, donde trabaja en los programas por los derechos de la mujer y de ayuda a los refugiados en la última zona de Siria controlada por los rebeldes.

La Sra. Khleif [trabaja en una escuela para refugiados y para empoderar a otras supervivientes](#). El Sr. Fakir, al que la cocina de su mujer ha rellenado sus mejillas regordetas, se unió a una especie de asociación de alumnos para supervivientes de la prisión de Saydnaya que se ayudan mutuamente a documentar sus experiencias, superar el trauma y encontrar trabajo.

El Sr. Darwish lucha contra el insomnio y la claustrofobia, pero prosigue con su trabajo para conseguir que los verdugos rindan cuentas ante la justicia. Recientemente testificó sobre la prisión de Mezze en una audiencia en un tribunal francés en el caso de un padre sirio-francés y su hijo, que murió allí: un estudiante universitario y un maestro en una escuela francesa en Damasco. Eso ayudó a los fiscales franceses a consolidar las órdenes de arresto contra el Sr. Mamlouk, el principal funcionario de seguridad, el Sr. Hassan, el jefe de inteligencia de la fuerza aérea y el jefe de la prisión de Mezze. Ahora, el Sr. Mamlouk puede ser arrestado si viaja a Europa.

La amenaza de enjuiciamiento, dijo Darwish, es la única herramienta que queda para salvar a los detenidos.

“Te da energía, pero es una gran responsabilidad”, dijo. “Eso podría salvar a alguien. Algunos son mis amigos. Cuando me liberaron me dijeron: 'Por favor, no nos olvides’”.

El año pasado, la Asamblea General de las Naciones Unidas votó para crear y financiar un nuevo organismo, el [Mecanismo Internacional Independiente e Imparcial](#), para centralizar la preparación de los casos de crímenes de guerra. Pero el organismo no tiene capacidad para hacer cumplir, acusar o arrestar.

La guerra de Siria sigue sin solución política. Con las conversaciones de paz estancadas, Rusia está instando a Occidente a normalizar y financiar en cualquier caso la reconstrucción, aplazando las reformas.

Un sirio de alto nivel, bien informado respecto al esfuerzo bélico del gobierno, no identificado por razones de seguridad, dijo recientemente que no hay posibilidad de llevar a cabo reformas para conseguir que las agencias de seguridad respeten los derechos humanos. A lo sumo, dijo, Rusia podría hacer que el aparato de detención fuera más eficiente.

Los millones de familiares de detenidos desaparecidos flotan en un limbo social y psicológico. Sin certificados de defunción, las presuntas viudas no pueden volver a casarse ni los hijos heredar.



Fadwa Mahmud vive ahora en Berlín y no sabe nada de su marido ni de hijo desde hace seis años (Foto: Axel Schmidt/Reuters)

Fadwa Mahmud, que vive ahora en Berlín, [no tiene la menor idea de si su esposo](#), Abdelaziz al-Khair, está vivo.

Hace seis años, el Sr. al-Khair, un destacado disidente, viajó a Damasco desde el extranjero, con garantías de seguridad, para mantener conversaciones entre el gobierno y la oposición no violenta.

El hijo de la Sra. Mahmud fue a buscarlo al aeropuerto. Nunca salieron del recinto, que está controlado por la inteligencia de la fuerza aérea. No se ha sabido de ellos desde entonces.

“No tenemos derecho a deprimirnos”, dice la Sra. Mahmud, que teje una manta en su sala de estar. “Tenemos que seguir adelante”.

En una de las esquinas había un montón de mantas: de color lavanda, amarillo, azul bebé. El montón sigue creciendo. Se imagina a su marido pasando frío en la cárcel. Las está haciendo para él.

[En la elaboración de este informe han colaborado: Saad Alnassife y Carlotta Gall desde Gaziantep, Turquía; Karam Shoumali, desde Berlín; y Mahmoud Bitar, desde Reyhanli, Turquía.]

Anne Barnard es la antigua directora de la oficina de The New York Times en Beirut. Ha trabajado asimismo para Moscow Times, Philadelphia Inquirer y Boston Globe. En la actualidad es miembro del [Edward R. Murrow Fellowship](#), Council on Foreign Relations, que promueve un periodismo de calidad.

Fuente: <https://www.nytimes.com/2019/05/11/world/middleeast/syria-torture-prisons.html>

Esta traducción puede reproducirse libremente a condición de respetar su integridad y mencionar a la autora, a la traductora y a [Rebelión.org](#) como fuente de la misma.